

buenas costumbres y á quanto dispone la disciplina de los sacros cánones, se mantengan con sumision obedientes á la Iglesia, su madre, *que no se dejen arrastrar fuera de su comunión y de la fidelidad que le deben, por la esperanza de ninguna ventaja temporal ni por el temor de ningun perjuicio*; pero que, en las demas cosas que pertenecen á lo civil, obedezcan fielmente las órdenes del serenísimo rey, y *cierren completamente sus oídos á las falsas sugeriones de los hombres turbulentos que predicán la sedicion, y que vivan sumisos á Su Magestad, con arreglo á lo que dice el apostol san Pablo, no solo á causa de la cólera, mas tambien á causa de la conciencia*. De esta suerte cumplirán los preceptos del divino principe de los pastores, que ha enseñado que se debe dar á Cesar lo que es de Cesar, y á Dios lo que es de Dios, y tapanán la boca á los que osan dudar de la fidelidad de los católicos á la magestad real. »

§ III.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTORICAS DE LOS
CARDENALES DE LA IGLESIA ROMANA.

Son los cardenales las mas ilustres dignidades y los que ejercen mas altas funciones en la gerarquía eclesiástica, pues que son los únicos que tienen el privilegio inaudito de elegir los primeros soberanos del mundo, los soberanos pontífices, y de serlo.

La Historia demuestra que los cardenales, en general, fueron siempre, aun en los tiempos mas arduos y peores, entre todos los eclesiásticos y por consiguiente entre todos los individuos, los mas sabios, los mas virtuosos y los mas célebres juntamente de todos los hombres. No citaremos aquí, como hacemos siempre, mas que las grandes pruebas de esta triple verdad, porque estas pruebas suplen á todas las demas que envuelven y suponen esencialmente.

Obsérvese en primer lugar que la gran mayoría de los Papas, que todos fueron primeramente (bajo uno ó bajo otro nombre) cardenales, fueron todos

dignos de su autoridad, de su supremacia, de su omnipotencia.

Los cardenales son además, como serán siempre en general, lo más selecto del clero, en las clases medias, tan frecuentemente ó más aun que en las clases altas ¹. — Pedro Damien, harto poco conocido; — el cardenal Le Noir, contemporáneo y rival de Roger Bacon: — Buenaventura, *el doctor seráfico*; — Bessarion, en el cual parecen confundirse todos los Mecenas y todos los restauradores de las letras en el siglo XV; — D'Ailly, apellidado *el águila de la Francia*, y *el martillo de los hereges*, maestro de Gerson, etc.; — el cardenal de Brogny, que nombraba Papas y rehusaba serlo: — Cusa, que recorría las capitales y las cortes, pidiendo á la Europa defensores contra los Turcos: — el cardenal Julian, el alma de Roma, á quien Bossuet llamó *el hombre más grande del mismo siglo*; — Mendoza, titulado por excelencia *el cardenal de España*: — el cardenal de Talleyrand (el amigo de Petrarca): — los cardenales de Carvajal, de Moron, Commendon, d'Ossat, Nuncios y Legados por excelencia (el cardenal Carvajal lo fué hasta veintidos ve-

¹ Y es notable, 1º que la virtud y la autoridad personales ó de posición fueron siempre un título á la elección de la iglesia más bien que el esplendor de la sabiduría, de la palabra ó de la celebridad humanas: — por eso Bossuet y Fenelon no obtuvieron el capelo, que merecieron varios obispos casi desconocidos: 2º que los eclesiásticos elevados á la primera dignidad romana han justificado su elección con acciones ó trabajos más meritorios que los que la habían precedido.

ces); — d'Amboise, el hábil ministro, por sobre nombre *el fel*: — Jimenez, el más grande hombre de estado del reino más grande del mundo, y el orientalista de la más magnífica *Biblia* poliglota de la literatura; — el cardenal de Trento y el cardenal de Leon, que abrieron á Carlos V el camino para el Imperio; — Gatinara, el primero de sus ministros; — Granvela, el de Felipe II; — Panorma, Cajetan, Contarin, Compége, Luca, Lugo, etc., canonistas profundos, es decir, publicistas, jurisconsultos, legisladores por excelencia; — Morton, primer ministro de Enrique VII, el *Salomon* de la Inglaterra, de quien Moro se gloriaba de ser discípulo; — Polus, el ministro más grande, el sabio más profundo y acaso el más grande hombre de Inglaterra; — el cardenal de Lorena, omnipotente bajo cinco reyes de Francia; — Sirlet, apellidado *el Ciceron eclesiástico*, restitutor de la *Vulgata*, redactor del excelente *Catecismo del concilio de Trento* y del *Misal romano*: — Tolet, el más profundo acaso de todos los teólogos; — Carlos Borromeo, el gran maestro de los obispos; — Du Perron, vencedor de Mornay; — el cardenal de La Rochefoucault, gran reformador de las órdenes religiosas; — Berulle, el fundador del Oratorio, y el colaborador de San Vicente de Paul; — Richelieu, uno de los hombres más brillantes y de los nombres más grandes de la historia de Francia; — Mazarino, el maestro de la sagacidad administrativa; — Joyeuse, el diplomático universal; — Bellarmin, el más gran-

de orador y el mas profundo dialéctico del siglo de Luis el Grande; — Fleury, el único buen ministro del siglo de la Regencia.

La Luzerne, el mas sabio de los últimos *apolo-gistas* franceses; — Baronio, Quirini, Orsi, Gerdil, Fontana, Lucchi (tres amigos muertos en el mismo año 1802); — Antonelli, Zurla, Giustiniani, Pacca, los mas sabios de los siglos XVII, XVIII y XIX; — Consalvi, á cuyo voto debieron, toda la cristiandad su inmortal Pio VII, la Francia el concordato, los Estados Romanos sus códigos modernos; — Spina, partícipe de la gloria de Consalvi; — Cheverus, tan edificante y tan querido en los Dos Mundos; — Lambruschini, el mas sesudo de los políticos; — Micara, el mas arrebatador de los oradores, y acaso el mas influyente de los prelados romanos; — los cardenales de Medicis, perpetuos *Mecenas*, fundadores ó patronos de las Academias; — uno de los cardenales de Gonzaga, protector y promotor del Taso; — el cardenal de Jagellon, que envió á su inmortal compatriota Copérnico, en su juventud, á estudiar la astronomia en Roma, en 1497; — Bembo, Bentivoglio, Palavicino, el cardenal de Retz, Polignac, Bausset, y aun Maury, célebres por su habilidad en el arte de escribir, de hablar ó de conmover pueblos y asambleas; — en fin, el cardenal de York, último de los Estuardos, modelo juntamente de celo sacerdotal, de grandeza, y de dignidad real, en la caída y en la expectativa de un trono.

§ IV.

EXAMEN DE LA GRANDEZA Y DE LA BENEFICENCIA HISTÓRICAS DEL
EPISCOPADO.

Es el episcopado el primero y el mas grande beneficio social de la autoridad papal, exclusivamente, y aquel por medio del cual produce, á mayor ó menor *distancia*, todos los demas beneficios.

Los obispos, en efecto, comparados á todos los otros hombres de Estado ó de Inteligencia, fueron sin la menor duda, en igualdad de circunstancias, los hombres mas grandes en todos los paises y en todas las épocas del mundo. Considerados como *corporacion*, á ellos debe la Europa la *Cristiandad*, es decir, la mas bella porcion, la única bella porcion del universo; la *Cristiandad*, es decir, las ciencias sagradas y aun profanas, las virtudes cuyo único medio son y que todas tienen por objeto único; y ademas, la libertad, la propiedad, la prosperidad, la fuerza, la gloria y la felicidad, aun temporales. Todo esto es en efecto don exclusivo de la cristiandad exclusivamente, y data precisamente de la entrada de los primeros misioneros romanos, es